

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

Invisibilidad, desmemoria y resistencia. La irrupción del Malón de la Paz de 1946.

Valko, Marcelo.

Cita:

Valko, Marcelo (2009). *Invisibilidad, desmemoria y resistencia. La irrupción del Malón de la Paz de 1946. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/309>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Invisibilidad, desmemoria y resistencia. La irrupción del Malón de la Paz de 1946.

Marcelo Valko¹

I) – Argentina siempre estuvo en Europa

La historia argentina esta desdibujada por tergiversaciones y silencios manipulados con toda intencionalidad por la historiografía oficial. En lo que atañe específicamente a la historia de los pueblos originarios durante el período republicano, lo que primero sorprende, más allá de omisiones escandalosas y falsedades convertidas en palabra santa, es una resistencia permanente y una búsqueda de la memoria por parte de los indígenas. En este breve espacio quiero hacer hincapié en un caso paradigmático de búsqueda de visibilidad y justicia, en un país como Argentina que se precia de ser parte de Europa y que, en particular desde Buenos Aires, se dedicó a darle la espalda a su pertenencia americana. Semejante obstinación por negar la realidad, llevó a construir un imaginario social que invisibilizó a los pueblos originarios. Esta situación es particularmente grave, ya que Argentina, mal que le pese, tiene mayor cantidad de indígenas tanto en porcentaje como numéricamente que el Brasil, casi un millón frente a los 346.000 indicados por la FUNAI. Incluso existe otro dato incontrastable. Recientemente el Servicio de Huellas Digitales Genéticas de la Facultad de Farmacia y Bioquímica de la Universidad de Buenos Aires divulgó un estudio que demandó 12 años de investigaciones. En el mismo se brindan una serie de conclusiones que llenan de estupor a nuestros recalcitrantes negadores. Los genetistas señalan que en nuestro país el 56% de la población tiene ascendencia indígena. O sea, la mayoría de los argentinos posee algún grado, mayor o menor, de ascendencia indígena. Eso significa que no somos tan europeos como lo pretenden los sectores más elitistas y retrógrados.

Argentina invariablemente renegó de su pasado indígena. Es más, siempre concibió a éstos como una suerte de frontera salvaje donde se estrellaba el progreso, una raza atrasada que ni siquiera había alcanzado logros arquitectónicos como en mesoamérica o en el mundo andino. Siempre representaron un obstáculo a la civilización y una vez completamente vencidos fueron percibidos como una carga en la que el Estado desviaba recursos en forma de asistencialismo, “bocas inútiles” como los llamó Julio A. Roca, quien fuera dos veces presidente. Este país no tuvo un movimiento de revalorización de lo indígena como el

¹ Profesor Titular UPMPM. Investigador UBA (FFyL), ICA, ISEPCI. marcelovalko@yahoo.com.ar

protagonizado a comienzos del siglo XX en México por Vasconcelos con su propuesta unificadora de la raza cósmica o el de los muralistas que con su arte plasmado en edificios públicos enaltecía el pasado indígena. Y ni que decir del caso peruano con Carlos Mariategui. Muy por el contrario, en general nuestros pensadores siguieron el siniestro lema de Sarmiento “Civilización o Barbarie”.

II) – La hora de decir basta

En 1946 un grupo de 174 indios koyas de comunidades ubicadas en Salta y Jujuy, que padecían condiciones de explotación extrema, donde estaban pagando arriendo hasta por los cementerios donde estaban enterrados sus ancestros decidieron “bajar” desde el lejano norte del país fronterizo con Bolivia, hasta Buenos Aires. En principio, pedirían la restitución de sus tierras usurpadas por hacendados que tenían a la orden del día el látigo, el cepo, la ley del capataz, jornales arbitrarios, el pago en vales y hasta impunes abusos sexuales como derecho de pernada. El avance del latifundio sobre las pequeñas parcelas comunitarias, como si se tratase de una insólita reforma agraria en sentido inverso, no hizo más que acentuar un problema latente que las autoridades invariablemente preferían postergar *in eternum*. Pero el conflicto estaba allí y comenzó a corporizarse.

Aprovechando las nuevas condiciones sociopolíticas que se abrían con la elección de Juan Perón, decidieron llevar su reclamo hasta la lejana Plaza de Mayo. Perón había sido electo presidente en febrero de 1946 y pronto, el 4 de junio asumiría como la primera magistratura. Los kollas estaban persuadidos que, cuando se enterara de las infinitas vejaciones que resistían desde tiempos inmemoriales, no sólo los comprendería, sino que pondría remedio a tales atropellos. Después de todo, y pese a su condición de indios, también eran argentinos y acreedores de la Justicia Social que proclamaba el candidato electo.

Hasta aquel entonces, los reclamos de las comunidades originarias que llegaban a la Capital Federal, eran motorizados por dos o tres indígenas. Por una cuestión de costos, las comunidades apenas podían sostener el viaje y estadía de pocas personas. De más está decir que se trataba de viajes y resultados invisibles. En cambio en ese momento, se pensó en otro tipo de estrategia. Debían realizar una marcha masiva que llamará la atención del país mostrando claramente sus padecimientos. Necesitaban salir a la luz. De una amplia región de la puna de Jujuy y de la yunga salteña se eligen los delegados y se conforma un enorme grupo de 174 kollas. Algo nunca visto hasta ese entonces. Son tantos, que comienzan a llamarse “Malón”. Conviene aclarar su significado. Malón es una denominación peyorativa y alude al

grupo de indios que atacaban las ciudades y que saqueaban sus riquezas durante los siglos XVIII y XIX. Concientes de tal situación, se van a autodenominar “Malón de la Paz”. El agregado de la palabra “paz” otorgaba un toque semántico tranquilizador atenuando el plusvalor negativo y salvaje del Malón. En el transcurso del trabajo, veremos como estos kollas más que producir “temor” generaron una profunda compasión entre los argentinos.

Indudablemente el Malón fue influenciado por la ola indigenista que sacudía al mundo andino y de la que Perón había tomado debida nota, dado que tenía un ambicioso plan para proyectar políticamente a la Argentina sobre Hispanoamérica. Atento a la marcha que se estaba gestando, Perón envió un hombre de su total confianza para que avanzará con los kollas, colaborará con el viaje a pie, sirviera de vocero de los kollas, y de paso, los mantuviera monitoreados, me refiero al teniente retirado del ejército de la rama de ingenieros Mario Augusto Bertonasco. El gobierno electo amante de los golpes de efecto, quería mostrar al montarse en la caravana kolla, los alcances y soluciones inmediatos de la nueva Justicia Social peronista.

Argentina estaba transitando uno de esos raros momentos de aceleración histórica. Desde que Perón resulta electo a principio de 1946, hasta que asume y recibe a los maloneros en agosto, mucha agua pasó bajo el puente. En su puja “antiyanqui” que lo había llevado a la presidencia con el lema de “Braden o Perón”, en la que Braden, el embajador norteamericano era presentado como sinónimo de la injerencia de USA en los asuntos nacionales, no venía nada mal mostrarse receptivo frente a los justos reclamos de un grupo de indígenas que en su miseria, encarnaban el despojo sufrido por Argentina debido a políticas entreguistas y antinacionales. Sin embargo pasada la primera euforia revolucionaria en la que todo podía suceder, comienzan a asentarse los alcances de aquello que se entiende por “lo nacional”: quiénes podían merecer la nacionalidad y cuánto de los beneficios que su posesión implicaba el Estado estaba dispuesto a brindar. De allí surgen las inexplicables contradicciones en el accionar oficial con respecto a la apoteótica llegada del Malón y el posterior secuestro de la totalidad de los integrantes de la caravana.

Dado este panorama, para 1946 la mineral paciencia de los kollas creyó encontrar en el flamante gobierno de Perón, una coyuntura propicia para obtener resultados positivos. Innumerables fracasos de experiencias anteriores los habían aleccionado. Era necesario golpear las puertas de la arrogante Capital. Además, los ejemplos de pequeñas delegaciones que habían acabado ignoradas a las puertas de los despachos oficiales sin ser recibidos, o que cuando eran atendidas terminaban despedidas con engañosas promesas que invariablemente

no se cumplían, les determinó a producir gestos simbólicamente fuertes para no regresar con las palabras huecas habituales, sino con los títulos de propiedad de sus comunidades. Para ello, tendrían que hacer algo que concitara la atención de la ciudadanía. En primer lugar, esto requería un contingente importante. Pero no era tarea sencilla para indios que subsistían en la miseria movilizar a un grupo numeroso. Se necesitaban recursos, planear una logística para sustentar a tanta gente en un viaje desde la puna a 4000 metros sobre el nivel del mar hasta la lejana Buenos Aires.

III) - Los rostros de tierra se lanzan al camino

Los primeros grupos indígenas se ponen en movimiento el 15 de mayo saliendo de los departamentos de Cochino y Tumbayas en Jujuy. En los días sucesivos se agregan otras columnas procedentes de las localidades de Orán e Iruya en Salta, hasta sumar un contingente de 174 personas de edades diversas. En su mayoría los 65 salteños montaban caballos o mulas y el centenar de jujeños hicieron el viaje a pie, calzados con alpargatas o simples *ushuntas* (ojotas). Esta diferencia en los medios de transporte, obligaba a los jujeños que marchaban a pie, a partir horas antes de los jinetes que luego le daban alcance en el camino, arribando juntos al siguiente destino. En general, no poseían más ropa que la puesta. “El Malón de la Paz” caminó 2000 kilómetros durante 81 días para salir de la invisibilidad a la que habían sido condenados por la historia. En pocos días bajaron a Jujuy, el 26 de mayo partieron de Salta, luego atravesaron Tucumán y Córdoba llegando a la ciudad de Rosario el 10 de julio. Para esa fecha, los kollas Valentín Zárate y José Nievas se adelantaron a la caravana para preparar el terreno en Buenos Aires. Denunciaron ante el Congreso Nacional los atropellos del régimen feudal al que estaban sometidos. El 12 de julio las portadas de los diarios de todo el arco político se hicieron eco de la denuncia. El periódico oficialista *La Época* tituló: “Causa indignación la denuncia de los coyas acerca del régimen del feudo oligarca de Patrón Costas”. Por su parte, el semanario comunista *La Hora* prácticamente utilizó las mismas palabras para denunciar el hecho. En medio de la euforia popular ante los primeros actos y declaraciones del flamante gobierno, la prensa adicta no desaprovechará semejante oportunidad para atacar al antiguo aspirante a la presidencia y durante varios días continuará ampliando la denuncia. Las acusaciones del trato padecido por los indios causaron profunda conmoción en la Capital que se preparaba para recibir al Malón.

Más allá del tratamiento reivindicatorio, pintoresco o por momentos épico brindado por el periodismo, la marcha no fue un paseo o una visita turística. De hecho uno de los

integrantes murió en la localidad santiagueña de Frías y a su paso por Córdoba dejaron internada una mujer y en San Pedro a ocho integrantes. Lo penoso de la marcha y las inclemencias de un tiempo cada vez más húmedo a diferencia de la sequedad de la puna hacían estragos en las articulaciones de los viajeros. Afrontando temporales y hasta granizo, con la única protección de sus ponchos, la caravana avanzó paso a paso “acercándose cada vez más a la palabra y el gesto fraternal del general Perón. Los tiempos han cambiado para la Patria. Ayer la explotación inicua. Hoy, la salvación y la reivindicación de una grandiosa obra revolucionaria”². Además de numerosas banderas argentinas, cargaban dos imágenes religiosas adornadas con flores, una es San Jerónimo y la otra es la Virgen de Copacabana, patrona del altiplano. Por supuesto, también llevaron numerosas fotografías del general Perón.

Cuando el Malón ingresó en la provincia de Buenos Aires, las recepciones fueron tan numerosas e importantes que su llegada a la Capital se demoró más de lo previsto debido a tales agasajos. El 21 de julio se produjo una bienvenida apoteótica en la ciudad de Pergamino, verdadero corazón del granero argentino que abastecía al mundo. Allí miles y miles de personas se volcaron a las calles para recibirlos. Pero esta popularidad y sobre todo el peligroso ejemplo que estaban mostrando en una zona repleta de agricultores sin tierras sería contraproducente. El Malón exhibía el problema del avance del latifundio inescrupuloso en toda su crudeza. Inmediatamente otros agricultores “blancos” resolvieron encarar su reclamo de tierras de modo semejante: “Los campesinos de la zona decidieron organizar una marcha hacia Buenos Aires similar a las de los indígenas, con el objeto también de resolver su situación...”³. Aun mostrando simpatía por los kollas, ciertos artículos no dejaban de llamar la atención sobre la magnitud de la cuestión: “el problema de esta gente es el inmediato problema del criollo y subsidiariamente del extranjero ya que todos fincan su aspiración en la esperanza de conquistar con su trabajo un pedazo de tierra”⁴. La oposición no podía desperdiciar semejante escenario de envergadura nacional. Por ejemplo, el Partido Comunista designó una delegación de su Comité Central para recibirlos. Además emitió un comunicado donde exigía “la expropiación y distribución de latifundios señalando que no es extraño que los campesinos de esta tierra hayan puesto también sus esperanzas en esta delegación”⁵. Era un modelo demasiado visible y contagioso para tomarlo a la ligera. Quizás por eso mismo, un diario oficialista que seguía diariamente el recorrido del Malón, una semana antes de su

² El Laborista 27/07/46: 10.

³ El Mundo 22/07/1946: 10.

⁴ Mundo Argentino 07/08/1946: 30.

arribo, deslizó curiosamente en su portada noticias alarmantes sobre un “Motín de indios en Bolivia”⁶. Allí hacía referencia a los cruentos episodios suscitados a raíz del golpe de estado que en aquellos días había depuesto a Gualberto Villarroel. A los lectores les quedaba un sabor subliminal de asociaciones simples de kollas con *indios*, las provincias fronterizas de Salta y Jujuy con *Bolivia*, y las peticiones activas del *Malón* con el *motín*. Demasiado tendencioso para ser mera casualidad, máxime teniendo en cuenta que no se estaba produciendo ningún *motín de indios* sino otro de los tantísimos golpes de estado acaecidos en la sufrida Bolivia.

Próximos a Buenos Aires, en la localidad de Areco, además de la multitud que salió a recibirlos, también se hizo presente una delegación de mapuches encabezados por el *lonko* Jerónimo Maliqueo venidos de la Patagonia trayendo su solidaridad ante un reclamo que alcanzaba a todos los indios del país. Este abrazo entre indígenas del norte y del sur sumado al apoyo de los agricultores, demostraba hasta qué punto el Malón potenciado por la impresionante cobertura periodística, concitaba la atención de enormes sectores históricamente desposeídos. Las comunidades estaban expectantes. Si les concedían las tierras a los kollas evidentemente los problemas similares del resto de los indígenas podrían alcanzar una resultado favorable. Esta simple ecuación a unos sectores llenaba de esperanza, otros comenzaban a alarmarse. El 30 de julio llegaron a Luján repitiéndose una recepción con miles de personas que los saludaron a su paso y donde el comisionado municipal los declaró huéspedes de honor. Además, el padre rector de la Basílica de la Virgen de Luján, patrona de Argentina, no sólo les dio la bienvenida, sino que también decidió alojarlos en el centro de peregrinos. A la mañana siguiente asistieron a una misa antes de emprender nuevamente el camino. Finalmente, el sábado 3 de agosto de 1946 en horas de la mañana ingresaron a la Capital Federal siendo recibidos por el Director de Protección al Aborigen. Desde el barrio de Liniers, en el límite de la ciudad, hasta el centro demoraron horas en su avance, detenidos por vítores y gente que les ofrecía comida en demostración de afecto. También diversas asociaciones, como la Alianza Indoamericanista o el Club Provincianos Unidos, los agasajaron en plena Avenida Rivadavia. Al pasar por el Congreso Nacional una comisión de homenaje les salió al paso. Sin embargo horas antes, en la Cámara de Diputados había ocurrido un episodio que en medio de la algarabía general pasó desapercibido: un grupo de legisladores se había mostrado reacio a realizar el homenaje. En realidad se trataba del

⁵ La Hora: 17/07/46: 9.

⁶ El Laborista 24/07/46: 1.

segundo toque de alerta, el primero como dije más atrás, fue el contagioso ejemplo del Malón entre los agricultores sin tierras y en el resto de las comunidades indias. Ajena a estos presagios, la gente se asomaba a los balcones de Avenida de Mayo vitoreándolos y numerosas delegaciones de escolares los saludaban con banderas argentinas. Era tanta la cantidad de público que se agolpó a su paso que debió cortarse el tránsito vehicular. Su llegada era percibida como un verdadero triunfo. Buenos Aires no sólo era la ciudad más poblada y la que acopiaba la riqueza del país, también era la capital gobernada directamente por el poder político central. La alegría se reflejaba en los rostros de los recién llegados y en las caras que le daban la bienvenida. Quiérase o no, el Malón de la Paz había llegado a la Reina del Plata.

IV) - De pronto nada: Los Indios Extranjeros

Como en un sueño después de 81 días de marcha, estaban en Plaza de Mayo. Rodearon a la Pirámide ubicada en el centro de la plaza y se pusieron de rodillas para rezar agradecidos de haber completado la difícil travesía. También entonaron el Himno Nacional. La presa consigna las lágrimas de emoción que asomaban en los rostros de los sufridos kollas. Frente a ellos estaba la Casa Rosada en cuyos balcones aguardaba el primer mandatario General Perón, el vicepresidente Dr. Quijano y miembros del poder ejecutivo. Era un momento festivo y los acompañaba mucha gente. Detrás de una pancarta que reza “Teniente Bertonasco Apóstol del Indio” se encuentra la esposa del militar y sus dos hijas vestidas de indiecitas. El público viva a los indios y al general Perón. Entre tanta algarabía el Malón improvisó un desfile al son de sus propios instrumentos musicales “de curioso aspecto” como erkes, charangos, sikus, quenenas y bombos. Por fin llegaba el momento anhelado. Una comitiva de kollas con Bertonasco a la cabeza ingresó a la Casa de Gobierno para entrevistarse con el Presidente. Una fotografía ilustra el apretón de manos entre ambos. Gran manejador de los códigos simbólicos, para esa ocasión, en lugar de vestir un traje civil, Perón utilizó su uniforme de General marcando la distancia jerárquica sobre el teniente Bertonasco que por colmo llevaba un poncho sobre su uniforme. En esa oportunidad le entregaron al Presidente un sobre lacrado con sus peticiones. Calzado con su carismática sonrisa, y sin necesidad de leer ningún sobre, Perón les respondió “que contaban desde ahora con su apoyo y que concedería lo que solicitaban los indios coyas”⁷.

⁷ La Prensa 4/08/46: 13.

El periodismo adicto al peronismo se hizo eco de las palabras del líder y estalló en titulares esperanzadores: “A los Coyas de la patria: Salud!” asegurando que los indios han venido a “reivindicar sus milenarios derechos de auténticos señores del suelo americano, de pedir justicia que no es pedir favores, sus títulos son indiscutibles”⁸. Los denominaron “huéspedes de la justicia social” y les facilitaron el alojamiento. Aquí vale la pena prestar atención sobre otro dato crucial que ya en aquel entonces, un redactor anónimo acertó en calificar como “inaudita paradoja”⁹. El aposento destinado por el gobierno para albergar a los maloneros curiosamente fue el “Hotel de los Inmigrantes”. Dicho edificio ubicado en el puerto, era el sitio donde forzosamente las autoridades de migración internaban a los extranjeros que desembarcaban de Europa, de ahí su denominación. Allí, en el tercer piso junto con inmigrantes ucranianos, fueron alojados los kollas argentinos, en una paradójica demostración de la naturalización de la extranjería de los indígenas nacionales. Potenciando esta situación esquizoide, al caer la tarde de aquella primera jornada en Buenos Aires, el Presidente Perón visitó a los kollas alojados en el Hotel acompañado por el Ministro de Relaciones Exteriores. Es decir, el Canciller fue a visitar a los indígenas argentinos internados en el Hotel de los Inmigrantes. ¡Algo increíble!

El 6 de agosto, el semanario socialista *La Vanguardia*, metió el dedo en la llaga al mostrar otra percepción del asunto. Planteó una pregunta obvia: si el gobierno les va a otorgar lo que por justicia merecen “no se entiende por qué se les ha hecho hacer un viaje a pie... sacan del pobre cuero indio su buena lonja para la propaganda y los hacen recalar en Buenos Aires para que impetren al Magnánimo (Perón), lo que indudablemente les corresponde por derecho”. Pero ni aún la certera ironía de ese artículo imaginaba el desenlace. Exceptuando contadas voces disidentes, durante esos días iniciales, las portadas y titulares de la prensa (sobre todo oficialista) anticipaban una solución favorable. En los diarios de aquellas jornadas, parecía inminente que en cualquier momento se montaría un gran acto público para entregarles la tierra, demostrando los alcances de la justicia peronista.

Los periódicos hicieron hincapié en el asombro de los indios al viajar en tren subterráneo, o de su visita a la vecina ciudad de La Plata. También los llevaron a recorrer emisoras de radio donde alguno de los maloneros participan en programas en vivo. Sin embargo, paulatinamente dejaron de ocupar las portadas y cuando los mencionaban en páginas interiores, era por triviales notas de color. De ese modo, la protesta kolla por sus

⁸ El Laborista 4/08/46: 1.

⁹ Clarín 5/08/46: 26.

tierras aparece en revistas de la farándula como *Sintonía*, *Antena* o *Radiolandia* e incluso, en la sección “Deportes”. Por ejemplo, el día 15 de agosto, gente del gobierno, utilizando a los kollas, organizó dos equipos de fútbol. Uno con salteños y otro con jujeños que disputaron frente a 40.000 espectadores, el partido preliminar antes del clásico choque River-Boca. Ese burlesco sarcasmo ensayado a su costa, fue su última aparición pública. A partir de ese momento entraron en un cono de sombras.

Era indudable que las tratativas se habían estancado. A Perón no lo habían vuelto a ver y los indios para su sorpresa se encontraban militarizados dentro del Hotel de Inmigrantes. Cualquier referencia al Malón desapareció de la prensa partidaria o adicta que no volvería a mencionarlos hasta el aciago final. Ese estado de cosas fue claramente advertido por la oposición que no dejó pasar la oportunidad. El 20 de agosto el semanario socialista *La Vanguardia* tituló: “Bueno ¿y qué hacemos con los coyas?” El mismo día los comunistas en la portada de *La Hora* publican: “De pronto nada. El más absoluto silencio en torno a los kollas y sus reclamos de tierra. Nada sobre sus pedidos, sobre su regreso. ¿Qué pasa con los kollas? ¿Tendrán las tierras reclamadas?” Innumerables son las preguntas que quedaron flotando aquellas últimas jornadas. Los indios permanecían confinados e incomunicados, incluso se le había prohibido a Bertolaso visitarlos. Un mal presagio anunciaba un final muy diferente al recibimiento con bombos y platillos. El 28 de agosto el gobierno acabó con la farsa. Mientras Perón se hacía el desentendido, el general Filomeno Velazco, quien se desempeñaba como titular de la Policía Federal y Jefe de la Alianza Libertadora Nacionalista de franca tendencia filonazi, ordenó mandarlos de vuelta a casa.

La situación dentro del Hotel no podía ser más tensa. Los kollas estaban confinados: nadie podía salir ni entrar y estaban sujetos a la autoridad militar violando los preceptos constitucionales de libre tránsito y permanencia. Finalmente en la madrugada de aquel jueves 29 de agosto, cientos de soldados de la mariana de guerra y hasta una brigada de lanzagases de la policía rodearon el Hotel. Sin intimación previa, las tropas irrumpieron dentro de las habitaciones. Los kollas se resistieron como pudieron, todos exigían la concurrencia de Perón. Paradójicamente los militares replicaban que estaban actuando “por orden de la Presidencia”. Utilizando la violencia, los efectivos de la Policía Federal, juntamente con bomberos y tropas de marinería ganaron la batalla y consiguieron desalojarlos. Los embarcaron en una serie de vagones que habían estacionado sigilosamente en una vía secundaria en las inmediaciones del Hotel ubicado en la zona del puerto. Los kollas regresaron con custodia armada para que no

pudiesen descender antes de su lejano destino. Este particular secuestro, dará origen entre los kollas al neologismo “envagonar” para referirse a esta situación. Es decir, ser metido en el vagón.

El 30 de agosto el diputado Dionisio Viviano (electo por el departamento de Choquinoca) interpuso un Habeas Corpus para suspender el traslado, pero la Corte Suprema lo rechazó. Junto con Bertonasco, solicitó una audiencia urgente con Perón. De pronto nadie sabía qué funcionario u organismo había emitido la orden de expulsión. Es ridículo imaginar que las tropas de la marina, de la policía, el convoy ferroviario, la custodia dentro de los vagones, hubiesen actuando todas por su cuenta y a gusto y *piacere*. Nadie era responsable de lo ocurrido, pero ninguna autoridad movió un dedo para revertir la situación. Hubo pedidos de informes, denuncias en la justicia y ficciones varias al gusto argentino. Por ejemplo, el gobierno designó no una, sino tres comisiones investigadores pertenecientes a los poderes Ejecutivo, Judicial y Legislativo para esclarecer lo ocurrido. Obviamente como es tradicional en nuestro medio, garantizaban con su inoperancia que el expediente se momificase en un cajón.

V) – El otro, ese impostor

El periodismo había presentado la aproximación del Malón y sus primeros días en Buenos Aires con un muestrario de lugares comunes y pinceladas de color que hacían hincapié en los aspectos “exóticos” de los kollas. “Rostros primitivos, instrumentos musicales de curioso aspecto, figuras de piedra y misterio donde anida el cóndor, su música primitiva” y otros calificativos semejantes fueron habituales en aquellas descripciones iniciales. Los indios se encontraban obligatoriamente deslumbrados ante la megápolis progresista confrontando su sencillez de la Puna con la modernidad de la gran Capital. Se establecían cadenas semánticas donde los indios ocupaban el rol de lo ingenuo, de la tierra, de lo ancestral, de la sencillez extrema “sin teorías, ni discursos porque el indio no sabe hablar”¹⁰. Sus representantes blancos hablan por ellos, además “no abusan de bebidas”¹¹, “aguardan en silencio, con la resignada disciplina de los seres habituados a obedecer”¹², siguiendo siempre “disciplinados y sumisos a las ordenes del jefe blanco”¹³. Estas pintorescas imágenes ubicaban a los indios en

¹⁰ El Líder 4/08/46: 7.

¹¹ El Laborista 5/08/46: 11.

¹² La Época 4/08/46: 1.

¹³ El Laborista 5/08/46: 12

una aceptable dialéctica de amos y esclavos. Al fin y al cabo se trataba de un Malón de la paz, un Malón de indios vencidos que reclamaban resignados y sumisos una justicia elemental.

El modo de proceder del gobierno para desalojarlos, resultó una tácita autorización para cambiar de vereda. En líneas generales la prensa adicta al gobierno apeló a la difamación. En principio, culparon al teniente Bertonasco de manipular a los indios para conseguir un cargo político, pero sobre todo deslizaron tres acusaciones que podría sintetizar de la siguiente manera: a) que los indios no eran indios; b) que pretendían quedarse a vivir en el *confort* de Buenos Aires; c) que los 2000 kilómetros recorridos de la Puna a Buenos Aires los habían efectuado en camiones y trenes, y no caminando, como si el medio de transporte empleado pudiera desestimar la esencia del reclamo.

Por ejemplo *La Época*, uno de los medios oficialistas que con mayor entusiasmo había seguido los movimientos del Malón, tituló sugestivamente: “Los coyas se resistieron a dejar Buenos Aires pero los persuadió la policía”. Mas abajo sostenía que “las múltiples atenciones recibidas les hicieron concebir la idea de quedarse aquí durante toda su vida. Efectuadas las gestiones que los trajeron a la metrópoli, expuestas las causas por las cuales no se les podía de entregar de inmediato las tierras ambicionadas, los coyas fueron invitados a regresar a sus lares”¹⁴. Conceptos parecidos empleó el semanario católico *Criterio*: “Aprendieron a comer lo que nunca habían saboreado... subieron a tranvías, durmieron en buenas camas, marcharon de portento en portento... se los llevó a cines, parques, fútbol, box... saborearon las delicias de la mayonesa... todo eso sin pagar un centavo, sin esfuerzo, sin trabajo: Buenos Aires era Jauja... se dejaban vivir tranquilamente con la cama tendida y la mesa puesta”¹⁵. Periódicos con estrechas vinculaciones agroganaderas, contrarios a cualquier atisbo de reformulación de la tenencia de tierras aprovecharon el momento asegurando que “Los aborígenes se resistieron a partir pues parece que se sienten muy cómodos en el Hotel de Inmigrantes”¹⁶. Otros matutinos publicaron la escandalosa cifra de \$40.000, como resultante del gasto que le demandó al Estado la estadía de los kollas en el Hotel y el tren fletado para devolverlos al norte¹⁷.

Las imágenes de indios que pretendían vivir “muy cómodos, sin trabajo, sin esfuerzo con la cama tendida y la mesa puesta en una vida de jauja” acarrear un plusvalor ideológico que nos recuerda al ideal del buen salvaje incapaz de trabajar, contaminado con una tendencia

¹⁴ *La Época* 29/08/46: 5.

¹⁵ *Criterio* 5/09/46: 219-222.

¹⁶ *La Nación* 29/08/46: 4.

¹⁷ *Clarín* 30/08/46: 8.

a la haraganería en un todo contraria al precepto bíblico de ganar el pan con el sudor de la frente.

Volviendo a las evidencias presentadas como pruebas indudables acerca de la inautenticidad de los indios, hay una que sobresale de modo escandaloso. Resultaba sospechoso que algunos de los integrantes del Malón supieran leer. Este prejuicio comulgaba con el estereotipo “civilización o barbarie” que se manejó siempre acerca del indio y que por ende incluía el analfabetismo. El simple hecho que supieran leer era evidencia suficiente para demostrar que se trataba de indios disfrazados. Bertonasco recorrió las redacciones de los pocos diarios que aceptan recibirlo para explicar claramente que “el hecho de que algunos sepan leer y escribir no les modifica la raza”¹⁸. El estereotipo de indio salvaje asociado con ignorancia y brutalidad es un paradigma nacional y no una exclusividad de Sarmiento. Por ejemplo José Hernández en el *Martín Fierro*, nuestro penoso poema nacional, entre tantos descalificativos contra el indígena, en un pasaje señala: “Es tenaz en su barbarie, / no esperen verlo cambiar: / el deseo de mejorar en su rudeza no cabe: / el bárbaro solo sabe / emborracharse y pelear”. En general se responsabilizará al indígena del atraso de la región en que vive por sus limitaciones mentales, innata haraganería que lo constituye en un elemento refractario a la civilización.

Incluso medios que destinaron un importante espacio para relatar el desalojo de los kollas, cometieron algunos significativos actos fallidos. *El Mundo* señaló que la expulsión se desarrolló “entre chillidos y gritos de las indias”¹⁹. El redactor utilizó la palabra “chillido” para referirse al lamento de las mujeres. Periódicos de partidos políticos como la Unión Cívica Radical, opositores natos de la política del peronismo participaron de la patraña al titular: “Auténticos o mentidos, no merecían semejante despedida”²⁰. Al oscilar en el rango “auténticos o mentidos”, dejaban entrever a sus lectores la posibilidad latente que fuesen indios disfrazados.

En definitiva, los kollas se habían quedado solos, sin esperanzas ni tierras, rodeados por mentiras e infamias que hasta le negaban su condición de indios. Además, el cerco que los aprisionaba era tan compacto que también incluía el descrédito de sus reclamos precisamente por su condición de indígenas. Algo de esto se advierte cuando un medio señala que los tres

¹⁸ Noticias Gráficas 30/08/46: 11.

¹⁹ El Mundo 29/08/46: 12.

²⁰ La Argentina 30/08/46: 4.

kollas fugados del tren deambulan por la ciudad “a la espera de una reivindicación, que ellos mismos no saben en que consiste”²¹.

A partir de la expulsión, comenzó un silencio oficial que sólo fue roto meses después por Perón al explicar en el diario *Democracia* que el Malón “no representaba a las inquietudes ni las aspiraciones de los auténticos habitantes indígenas de nuestro norte”. En ese momento aciago, cuando los indígenas retornaron a la invisibilidad habitual, la única voz que se mantuvo a su lado fue la de Atahualpa Yupanqui. Pocos días después del secuestro del contingente, redactó una carta abierta que apareció en el diario del Partido Comunista *La Hora* el domingo 1° de septiembre de 1946. Cabe aclarar que, en aquel instante, fue el único periódico argentino que se atrevió a sacar a la luz el valiente texto de Yupanqui²².

VI) – Lo nacional es lo que el gobierno dictamina

Desde el inicio, el Malón se había preocupado por dar una imagen argentina, católica y peronista. Una cantidad de detalles lo demuestran. Por ejemplo, al planear el día de llegada a Buenos Aires lo hicieron pensando en el 9 de julio, fecha que coincidía con el 130° aniversario de la independencia argentina. Abriendo la marcha, viajaba un carro con la bandera nacional y un cartel inequívoco: “El Malón de la paz por las rutas de la patria”, un signo claro que fue visualizado por la prensa como avanzar tras “un ideal patriótico”²³. Durante la marcha, las banderas argentinas fueron constantes al igual que los retratos de Perón. A lo largo de la peregrinación depositaron ofrendas florales a la memoria de próceres nacionales por las ciudades que atraviesan, haciendo un acto importante en el monumento a San Martín en Buenos Aires. Todos estos signos tuvieron una evaluación positiva en los medios de comunicación: “son argentinos, Señor presidente, más argentinos que nosotros”²⁴, que recordaron que sus antepasados combatieron heroicamente “por la independencia de la Patria”²⁵. Tras el desalojo, la perspectiva fue otra y aunque la prensa no niega la argentinidad de los maloneros, evita mencionarla, tratándolos con términos más acotados como indios, kollas o aborígenes.

²¹ El Mundo 30/08/46: 10.

²² La carta es además una pieza poética excelente. En ella, Yupanqui asegura “como me duele tu llanto hermano kolla...Dentro de poco serás el tema pálido de algo de lo mucho que ocurre en el tiempo.” Por su valor testimonial decidí publicarla íntegramente en Valko, Marcelo: *Los indios invisibles del Malón de la Paz*, Colección Bayer, Tomo I, Editorial Madres de Plaza de Mayo, Buenos Aires 2007.

²³ Aquí Está 8/07/46: 20.

²⁴ Clarín 3/08/46: 1.

²⁵ La Hora 11/07/46: 1.

Con respecto a la religión, el procedimiento fue cuando menos confuso. Distintos diarios dejaron numerosas constancias del catolicismo de los kollas, con participaciones en misas, rezos y el transporte en andas durante 2000 kilómetros de dos imágenes religiosas. Sin embargo, la percepción era equívoca. Por ejemplo, en plena euforia del avance hacia la Capital, el semanario *Aquí Está* aunque les hizo una buena cobertura resaltando la religiosidad que profesaban, simultáneamente planteó la supervivencia de prácticas paganas: “Traen una imagen de San Jerónimo tallada en quebracho y otra de la Virgen de Copacabana, como prueba de que en sus almas, la fe católica ha sustituido a sus cultos del tiempo del inca, si bien estos no han acabado aun de extinguirse en ellos, sobreviviendo en tradiciones y leyendas y hasta algunos ritos que rememoran los tiempos en que aun adoraban al sol”²⁶. Después de semejante párrafo esquizoide, era muy posible que prevaleciera en los lectores un sentimiento de confusión sobre cuáles eran los verdaderos sentimientos de los maloneros: ¿profesaban la fe católica con sinceridad o seguían adorando al sol?

Por un lado, Argentina sigue patéticamente aferrada al espejismo de lo que nunca volverá, a ese fomento de la inmigración Europea anglosajona, mientras invisibiliza a la población que efectivamente se radica en el país como paraguayos, bolivianos y peruanos pero que no encajan en los moldes de la opción teórica-ideal del Estado concebido por Alberdi cuando señala que, “en América todo lo que no es Europeo es bárbaro: no hay más división que ésta; 1º, el indígena, es decir, el salvaje; 2º, el europeo, es decir, nosotros”²⁷; o incluso el mismo Sarmiento cuando plantea la lucha es “entre la civilización europea y la barbarie indígena, entre la inteligencia y la materia”²⁸.

El gobierno alentó la realización del *Malón*. El peronismo se trepó de inmediato a la caravana. De lo contrario, no se explicaría la insólita cobertura de los medios de comunicación y las recepciones al más alto nivel oficial. Otros indicadores son coincidentes al respecto. Cuando el 10 de julio los kollas llegaron a la ciudad de Rosario, acamparon en el cuartel del Regimiento 11 de Infantería. Y como todos sabemos, los indios no suelen acampar en cuarteles del Ejército, ni en la Argentina ni en ningún otro país latinoamericano, más bien todo lo contrario. Alguien desde muy arriba impartió semejante orden. Sin embargo, se podría objetar: si estas afirmaciones sobre la premura del peronismo por acoplarse a la caravana son ciertas ¿por qué entonces el gobierno primero facilitó su llegada y visualización social, para

²⁶ Aquí Está 8/07/46: 20.

²⁷ Alberdi, Juan B.: *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, Eudeba, Buenos Aires, 1966, p. 62.

luego expulsarlos quedando tan mal posicionado? Aunque la estrella ascendente de Perón había comenzado a brillar hacia 1943, cuando arriba el Malón, su gobierno acababa de asumir, y tanto él con su percepción de lo nacional populista, como el resto de sus funcionarios encargados de plantear las líneas de política indígena recién tomaban cartas en el asunto. Por otra parte, aunque la idea inicial era otorgar las tierras a los 174 integrantes del Malón. Tarde advirtieron que la exposición mediática del tema, suscitaban en todo el país, en sectores con problemas de tierras, un deseo de emular al Malón siguiendo sus pasos. Frente a esta reforma agraria acotada o de bolsillo y el peligro de sentar un precedente jurídico, era natural que hubiese no sólo improvisaciones, sino también perspectivas encontradas. Resulta evidente que sectores hegemónicos pusieron objeciones muy importantes para borrar de la escena política el tema de lo indígena y sus implicancias con lo auténticamente nacional, máxime teniendo presente que el Malón los obligaba a incursionar en el espinoso asunto de la reforma agraria. Además, delimitar los alcances de lo nacional desde una reivindicación indígena era irse demasiado atrás en el tiempo. El concepto de lo nacional no es unívoco, ni estático. Varía de acuerdo al contexto histórico, la clase social, los intereses económicos en juego y según corresponda a un país poderoso o a uno débil. En el caso peronista, la idea de lo nacional popular comenzaba en el mejor de los casos, con la figura del Restaurador Rosas protegiendo las fronteras de la Patria. No es este el espacio para hablar de las indudables mejoras en la vida de los sectores populares que introdujo el Justicialismo, adecuando un sistema económico que en algunos sectores, especialmente en el campo, era semifeudal, pero en el caso de los kollas el saldo fue negativo.

El Malón pronto desapareció de escena y de las preocupaciones de la gente que tan cálidamente los había recibido y apoyado. Pese a ello, se convertiría en un hito en los anales de las reivindicaciones indígenas y fue inaugural en muchos sentidos: en principio fue la manifestación aborígen de mayor envergadura que generó una conciencia y una comprensión cabal de la justicia de los reclamos.

La peregrinación de 2000 kilómetros que durante meses conmovió a la Argentina, fue concebida para mostrar el sufrimiento y el sacrificio de modo palpable, con el objetivo de obtener algo de justicia a cambio. Fue presentada como una penitencia cuasi religiosa que transitó paso a paso un extenuante *vía crucis* esperando la tierra prometida a su término. Sin embargo, la bandera en una mano y la cruz en la otra, no alcanzaron para expiar la culpa de

²⁸ Sarmiento, Domingo: *Facundo*, Losada, Buenos Aires, 1981, p. 38.

ser indios, culpa que al año siguiente, la etnia pilagá de la provincia de Formosa experimentarían de la manera más cruda y desgarrada en la mayor matanza de indígenas del siglo XX que costó la vida a casi un millar de niños, mujeres y hombres en un desgraciado paraje que dio en llamarse Rincón Bomba²⁹. Allí, el 10 de octubre de 1947, el Escuadrón de Gendarmería nro. 18 con asiento en Las Lomitas comenzó una matanza masiva que continuaría durante las dos semanas siguientes y hasta 70 kilómetros del sitio inicial.

Para algunos esa es otra cuestión, en cambio, pienso que es parte de la misma historia. Los protagonistas fueron los mismos. De un lado indios pauperizados y del otro, las “fuerzas del orden” del Estado. Los dos episodios quedaron en el olvido y ocurrieron durante el mismo gobierno que dejó ambos hechos sin investigación y sin castigo. Tal vez si las comisiones fantasmas creadas tras el secuestro de todo el contingente del Malón hubiesen esclarecido el trato dado a los kollas arrojados al destierro de Abra Pampa como si se tratara de extranjeros indeseables, si hubiesen investigado, tal vez la matanza de pilagás no hubiera tenido lugar. Cientos de vidas se hubiesen salvado. Por eso pienso que se trata de la misma historia, la historia de los que no existen, la historia de los que nunca tuvieron nombre ni voz, la historia de los indios invisibles y de los culpables que, aunque tienen nombre y apellido, gozan del anonimato permanente. El esclarecimiento y el castigo judicial no devuelven la vida a los muertos, pero contribuye para que la sociedad no haga de la impunidad un estilo de vida, y los sobrevivientes puedan comenzar a elaborar con criterios de salud aquello que hoy permanece como siniestro e inelaborable.

Sin embargo la memoria persiste, la resistencia prosigue y la luz, la luz para todos, comienza a alumbrar inexorable en el horizonte americano.

²⁹ Valko, Marcelo: *Desde la Impunidad al Genocidio. Del Malón de la Paz de 1946 al genocidio de Rincón Bomba en 1947*, Segundo Encuentro Internacional de Análisis de las Prácticas Sociales Genocidas. Centro de estudios sobre genocidio, Universidad Nacional de Tres de Febrero, 2007, Buenos Aires. Por lo demás, existe un juicio establecido por la Federación Pilagá contra el Estado Nacional por delito de lesa humanidad. En tema es muy complejo y existen muchos intereses para que se mantenga oculto. Actualmente estoy terminando un libro sobre la masacre.